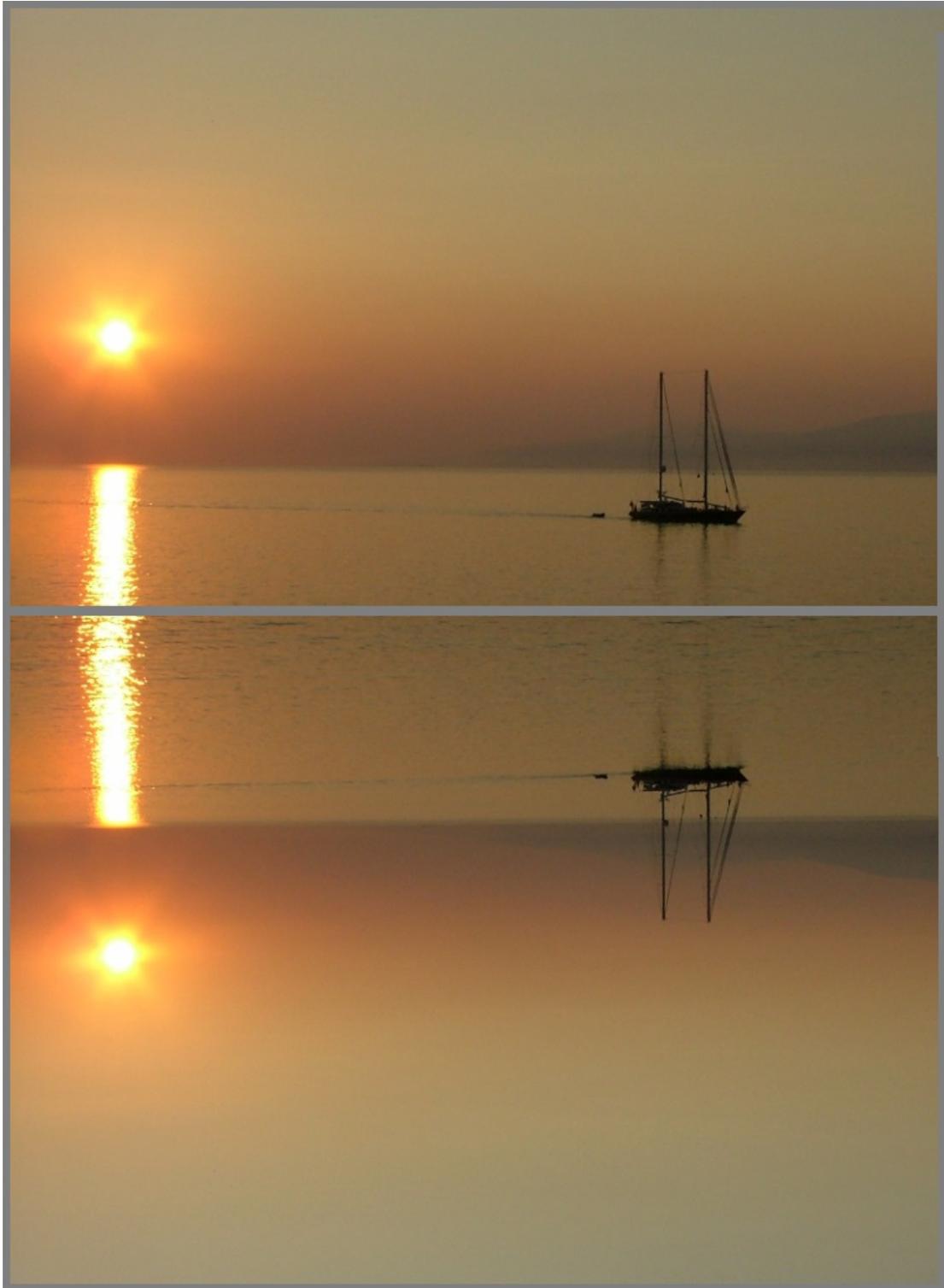


Luces y sombras

Mari Carmen González Sánchez



Capítulo 1

Campanilla blanca

Jardinero que regó con sus lágrimas amargas,
las semillas de una campanilla blanca.

Brotó de la tierra una zarza seca
llena de espinas, con hojas muertas.
Entonces quiso arrancarla de raíz
y olvidar que una vez estuvo ahí.

Quedó algo de ella entre la fértil tierra,
la lluvia no quiso que su vida se perdiera,
y un tallo verde surgió una mañana.
Campanilla blanca a los pies de una casa,
que una niña encontró y quedó hechizada.
La cuidó con amor y perseverancia.

Campanillas blancas que se aferran,
a las piedras de una casa vieja.
Se cierran cuando la niña enferma,
se abren cuando la niña juega,
mientras el jardinero las observa
desconocedor de amor y promesas.

Ladrón que roba a escondidas,
descubierto por unos ojos tímidos.
Quiso evitar que hablara la niña
y provocó forcejeos y gritos,
dentro de esa casa perdida,
en mitad de un bosque maldito.

Enemigo de la luz del día, que huye,
zorro que sabe moverse y se escabulle,
cazador cazado que la culpa elude.
No sabe que tras la puerta de madera,
le están esperando zarzas secas.
Con sus pinchos, su débil carne atraviesan.

Al amanecer la niña, dolorida, se despierta,
y al salir de su casa contempla, boqueabierta,
que ya no hay campanillas blancas...
Sólo quedan zarzas secas, sangrientas.
Campanillas blancas, muertas,
que han dado su vida, por ella.

La Perla

En medio del mar,

perdida entre las olas,
hay una perla hermosa,
brillante, pura, valiosa.

Pero es tan pequeña,
tímida y escurridiza,
que nadie se fija en ella.
Pasa desapercibida.

Los barcos pesqueros,
buscan bancos de peces,
los buques mercantes,
viajan sin detenerse...

Es un viejo pirata,
un patán sabio,
quien sumerge su mano,
y quien la rescata.

Pero al llegar a una aldea,
la vende en una tienda.
¡Cambiada por monedas!
La perla llora de pena.

Va de mano en mano,
hasta llegar a un artesano.
El cual ve su propio llanto,
reflejado en su brillo azulado.

Crea una corona de oro,
y coloca la perla,
al frente, en un trono,
hecho para ella.

Su brillo cambia, ya no es azul,
el arco iris se refleja con la luz.
Color nácar que le ha recordado,
la dificultad de hallar y ser hallado.

La noche

Entre las sombras hay oscuridad,
y más allá no hay nada más,
que los ojos escépticos quieran ver,
porque no hay nada que temer...

Aúlla un lobo a la luna,

y los búhos ululan.

El viento sopla con furia,

y los ratones se asustan.

Entre las paredes de un hogar,

no hay quien quiera pensar,

que la piedra no da seguridad,

y que el peligro puede acechar...

Una ventana se abre,

y las luces se apagan.

El aire, travieso,

no le teme a nada...

Se escuchan pasos, gritos,

algún que otro golpe.

El terror ha llegado,

en la oscuridad de la noche.

Entre los brazos de un vampiro,

descansa una joven hermosa.

Su vida se consume gota a gota,

pero eso a él no le importa...

Blanca piel que cobra vida,
con cada beso la sentencia...
Y ella más blanca que él,
le suplica clemencia.

Aliento evaporado,
suspiro entre tinieblas,
el frío la está quemando,
mientras su voz se quiebra.

Entre las paredes de una cripta,
están los dos, muerte en vida...
Ella dejó de ser la víctima,
y es una sangrienta asesina.

En la oscuridad de la noche,
el terror se cuela en los hogares...
Sólo quedan cenizas del pasado,
y la sed reclama su legado.

Alma en pena

Bailan suavemente las cortinas,

de una casa que está en ruinas,
al son de truenos y pasos ligeros,
tan etéreos, que forman parte del viento.

Se agitan en su melancolía,
recordando tiempos mejores,
mientras cae la lluvia fina,
que moja de lágrimas su tela raída.

Bailan lentamente las cortinas,
de un hogar abandonado.
La suerte dejó de habitarlo,
y sólo quedó la desdicha.

Se agitan en su tragedia,
mientras unas manos se aferran,
fuertemente a ellas,
aunque nadie pueda verlas.

Un alma en pena que no olvida,
que fue la reina de su castillo.
Sin presente, sin destino,
no ve ruinas, ni telas raídas...

Tan sólo ve... lo que pudo haber sido.

Tinta negra

Al trazar cada línea,
al dibujar cada curva,
su corazón bombea,
sólo tinta, tinta negra.

No hay más espacio anhelado,
que el contenido en una hoja de papel.
No hay más objetos deseados,
que una pluma, un tintero, y un quinqué...

Al escribir cada letra,
preciosa, perfecta
sus manos son pauta
de una vida sin pausas.

El sol y la luna son amantes,
en la locura de una visión brillante,
donde las ideas nacen,
y los minutos perecen.

Al anotar cada palabra,
de armonía inalterada...
sus ojos son puntos negros,
su pulso es tiempo muerto.

Al abrir la ventana de su habitación cerrada,
en un suspiro, se escapará su alma.
Yacerá sobre sus tesoros preciados,
un pobre muñeco de trapo.

Ya ni su vida es suya,
Ni sus letras, ni palabras,
Ni la tinta, ni la pluma,
Pasión... arrebatada.